Polvos de fuego…pasajes

*La mañana siguiente abrió de un azul despejado y cuajada de moscas, que se fueron multiplicando hasta adueñarse de pórticos, canteros, pasillos y habitaciones. Había tantas, que ya a las diez no se podía caminar sin el temor de chocar con ellas. Don Anselmo hizo en el patio una hoguera con hojas secas para disuadirlas, y trató de ahuyentarlas a sombrerazos. Felicia prendió el radio a todo lo que daba, pero la música solo consiguió enloquecerlas más. El pueblo creyó haber quedado a merced de otra plaga pecaminosa, porque en su errático revoloteo, las moscas lo fueron atomizando todo con una fina capa como de polvos de brillantinas.*

(…)

*Desde que los Montero habían pasado a ser gente ilustre, los destinos de Paraíso se mantenían atados a las buenas y las malas de la familia. Carismáticos o iluminados, ellos fueron protagonistas inmanentes de las venturas y desventuras del pueblo. Cuando les iba mal, sobraban los contratiempos para todos; si les iba bien, el primero en saberlo era el cura, porque los fieles, agraciados por una fortuna que no deseaban perder iban repetidamente a orar a la capilla mayor de la iglesia con una asiduidad que era desacostumbrada en los tiempos difíciles, cuando decepcionada de los santos la gente perdía la fe.*

(…)

*Combatió la impureza de los vicios políticos y sociales con el fervor de un Cristo sin apóstoles, y aunque algunos lo vieron sucumbir pronto ante las mismas vilezas que antes había condenado, otros, amigos de la fama, políticos de banquete, hombres tristemente ilustres, en un diverso diapasón donde no faltaron tampoco chupatintas y adulones, lo identificaron con un Mesías venido a salvar a los grandes marginados de la historia, un vengador de libertades pisoteadas durante siglos. Tanta grandeza en un solo cuerpo llegó a transformarlo en el apoderado divino, en el fin per se. De profeta de la verdad pasó a ser la verdad misma. Y esa fue su perdición.*

(…)

*El crimen lo consumaron los encapuchados a la sombra de un recio almendro, a un costado de la plaza, donde el vendedor de loterías solía recuperar los alientos de su pregón de fortunas y atenuar el cansancio de las caminatas. Un artero balazo le había atravesado el cuello y perforado la yugular. Su cuerpo yacía en medio de un charco de sangre. El anuncio de su muerte desencadenó en Paraíso una febril actividad de puertas y ventanas, que se cerraron a cal y canto para impedir el acceso a nuevas desgracias, y de paso protegerse de una negra nube venida de lejos, que se detuvo sobre el pueblo y se desplomó en un diluvio desenfrenado.*

(…)

*Esa misma semana, en un arrebato alcohólico, el tabernero le había augurado que se moriría de viejo como las lombrices, suponiendo que el cruzamiento de sangre entre parientes podría darle mayor perpetuidad a su existencia por una infalible lógica matemática. “Llevar dos Pérez en el apellido es multiplicar por dos las expectativas de vida de uno sólo”, le dijo. Pero sólo fue una infeliz creencia, tan desafortunada como la de la esposa del fotógrafo, que sugestionada por un vaticinio del Zodíaco aguardó ansiosa el cambio radical que le anunciaban ese año a su marido tomándolo por la llegada de abundante dinero. Los dos se equivocaron y Dago se fue inesperadamente, ni más rico ni más pobre, con un imborrable gesto de asombro en el rostro que durante días dejó turbado al pueblo entero.*

(…)

*El sol inclemente de las doce sumió al pueblo en una parálisis asfixiante. El calor hizo reverberar cada pulgada cuadrada de suelo, al descubierto o a la sombra, con un refinamiento exageradamente cruel. Con los pelos achicharrados, perros y gatos se lanzaron a fuentes y estanques, donde se les vio flotar como barcazas al pairo. El aire hirvió y los pájaros quedaron varados en tierra, extenuados de batir alas en medio de aquella inusitada deflagración de todas las brisas. Los ventiladores soplaron a rebato, y los amplios ventanales de rejas hasta el piso se abrieron de par en par en todos los hogares del pueblo, pero ni aun así el obstinado ardor que calcinaba los techos proporcionó un segundo de respiro.*

(…)

*Don Anselmo llegó a la casa con deseos de dormir la siesta pero terminó colocando la hamaca en el portal, protegida de los resoles implacables, y se acostó a leer una de las obras inéditas de su difunto primo Anastasio, un desdichado escritor al que la inevitable secuela del talento, la envidia, le había cerrado una tras otra las puertas de la fama. El primo había escrito poemas, novelas, cuentos, tratados y artículos para periódicos que nadie leyó, pero que hubiesen alcanzado notoriedad de no haber sido por una jauría de chupatintas y, dicho sea con redundancia, de políticos inescrupulosos que se dedicaron a tapiarle todas las excelencias de la forma más vil, relegándolo al anonimato, hasta que un día, enfebrecido por un rapto de inspiración que lo mantuvo tecleando catorce noches con catorce días seguidos, al pobre primo se le agotó la última gota de imaginación, y privado ya de fantasías no le quedaron más que los dos pies sobre la tierra. El resultado no pudo ser más patético, porque el ingrato encontronazo con la realidad le descerrajó una fulminante apoplejía*.

(…)

*La mala memoria de sus despedidas traicionó otra vez al circo, que dejó olvidado a uno de los perros amaestrados. Margarito y Lucila se lo encontraron en el patio de la casa, guarecido a la sombra de una mata de plátanos, lleno de mataduras y con una mirada tan lastimera que no vacilaron en adoptarlo. Absolutamente decepcionado de la farándula y de sus hambrunas trashumantes, el perro no hizo el menor intento por aferrarse a su vieja dieta de churros y algodones de azúcar, y se aficionó con tanta rapidez al bistec, que el mal hábito de robárselos furtivamente de la cocina le dio nuevo nombre, y de Rasputín, que era su seudónimo de carteleras, empezaron a llamarlo Rafles, igual que el famoso ladrón de los guantes de seda*.